

JUAN ANTONIO GARRIDO ARDILA



SUS  
NOMBRES  
SON  
LEYENDA

ESPAÑOLES QUE CAMBIARON LA HISTORIA



EL CID • HERNÁN CORTÉS • JUAN DE AUSTRIA • AGUSTINA DE ARAGÓN  
ISABEL I • CARLOS V • IGNACIO DE LOYOLA • ISIDORO DE SEVILLA  
TERESA DE JESÚS • MIGUEL DE CERVANTES • DIEGO DE VELÁZQUEZ  
• EMILIA PARDO BAZÁN • ÁNGEL GANIVET  
• MIGUEL DE UNAMUNO • JOSÉ ORTEGA Y GASSET

  
ESPASA

JUAN ANTONIO GARRIDO ARDILA

SUS NOMBRES SON LEYENDA

Españoles que cambiaron la Historia



ESPASA

© Juan Antonio Garrido Ardila, 2018  
© Espasa Libros, S. L. U., 2018

Preimpresión: Safekat, S. L.

Depósito legal: B. 7.676-2018  
ISBN: 978-84-670-5223-7

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: [sugerencias@espasa.es](mailto:sugerencias@espasa.es)

[www.espasa.com](http://www.espasa.com)  
[www.planetadeloslibros.com](http://www.planetadeloslibros.com)

Impreso en España/*Printed in Spain*  
Impresión: Huertas, S. A.

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

Espasa Libros, S. L. U.  
Avda. Diagonal, 662-664  
08034 Barcelona

# ÍNDICE

PREFACIO .....	15
INTRODUCCIÓN. LOS HÉROES DESDE CARLYLE HASTA NUESTROS DÍAS .....	23
DEFINICIÓN Y CONSAGRACIÓN DE LOS HÉROES .....	35
Los héroes en las culturas occidentales .....	36
El culto al heroísmo .....	39
La consagración del héroe .....	44
EL HÉROE COMO GUERRERO .....	49
1. EL CID .....	67
El vasallo que se hizo príncipe .....	68
Realidad y mito del <i>Cantar</i> .....	74
Héroe nacional y símbolo de la meritocracia .....	80
2. HERNÁN CORTÉS .....	87
El hidalguelo con alma de caballero medieval .....	88
La fabulosa conquista de un imperio .....	95
3. DON JUAN DE AUSTRIA .....	111
El hijo secreto del emperador .....	113
La más alta ocasión que vieron los siglos .....	118

## ÍNDICE

4. AGUSTINA DE ARAGÓN .....	127
La mujer que puso en fuga al ejército francés .....	128
La musa de España y de Europa .....	134
 EL HÉROE COMO ESTADISTA .....	 141
5. ISABEL I .....	149
La princesa que se alzó con la Corona de Castilla .....	152
La reina medieval que modernizó España .....	158
6. CARLOS V .....	169
<i>Noch Weiter</i> : el príncipe teutón con alma española .....	170
Rey español y paladín de Europa .....	177
 EL HÉROE COMO SANTO .....	 187
7. ISIDORO DE SEVILLA .....	197
<i>Iustitia et pietas</i> : el padre del derecho visigodo .....	198
El primer gran intelectual de Europa .....	204
8. IGNACIO DE LOYOLA .....	209
El aristócrata que quiso ser santo .....	210
<i>Ad maiorem Dei gloriam</i> : la vocación de servicio a Dios y a la humanidad .....	217
9. TERESA DE JESÚS .....	225
La mujer a quien habló Cristo .....	226
La monja que fue ejemplo y espejo de la Iglesia .....	233
 EL HÉROE COMO ARTISTA .....	 243
10. MIGUEL DE CERVANTES .....	257
Cervantes y el <i>Quijote</i> : cimas de la literatura universal .	259
Cervantes soldado, funcionario y literato .....	263
Cervantes y España .....	270

## ÍNDICE

El <i>Quijote</i> en la obra de Cervantes .....	275
11. DIEGO DE VELÁZQUEZ .....	283
Un precoz pintor de provincias .....	285
Pintor real de Felipe IV .....	289
El pintor de cuerpos y de almas .....	294
La madurez del genio .....	300
12. EMILIA PARDO BAZÁN .....	307
Una vida dedicada a la literatura .....	308
La más alta literatura al justo servicio del feminismo .....	312
EL HÉROE COMO INTELLECTUAL .....	327
13. ÁNGEL GANIVET .....	345
De Granada a Finlandia: la vida de un Hamlet cervan- tino .....	346
España como vocación primera .....	355
14. MIGUEL DE UNAMUNO .....	361
Un intelectual por convicción .....	362
Voz y conciencia de España: del exilio a la Guerra Civil .....	367
Una obra intelectual dedicada a España .....	374
15. JOSÉ ORTEGA Y GASSET .....	383
El maestro de intelectuales .....	384
Guerra y postguerra .....	389
Un pensador español de proyección universal .....	393
CODA .....	403
BIBLIOGRAFÍA .....	411
NOTAS .....	441
ÍNDICE ONOMÁSTICO .....	475

# 1

## EL CID

Debatir sobre el Cid implica debatir sobre dos figuras: el héroe mitificado del *Cantar de Mio Cid* y el héroe real y verdadero. Comenzamos así las semblanzas de nuestros héroes mayores con una figura de excelsa talla que, en las últimas décadas, se ha prestado a juicios radicalmente dispares y contrapuestos. El Cid del *Cantar* se nos presenta como suma y cifra de los más altos valores medievales: la valentía extremada, la generosidad sincera, la lealtad impertérrita y la mesura contentada. El desmitificado posee todo eso, mas en menor medida o incluso, según algunos peroran, ensombrecido por el mayor defecto que le reprochan: el individualismo de un mercenario motivado apenas por la avaricia y las ansias de riquezas. Quienes más enfáticamente vituperan al Cid dudan de que empuñase la espada para defender la cristianidad y le reprochan que arremetiese xenófobamente contra un pueblo de otra etnia que, a la postre, sería extirpada de España. Quienes así piensan plantan ante nosotros a un Cid motivado solo por una insaciable sed de dinero, que se vendió a quien mejor remunerase sus servicios y que tomó las armas como mercenario a sueldo, no como el generoso paladín de España y del cristianismo. La figura de Rodrigo de Vivar pone ante nosotros un deslumbrante ejemplo de la construcción consciente y volitiva del mito a partir del héroe, en la medida en que los autores

medievales inventaron y le atribuyeron fabulosas victorias que él jamás cosechó. Antes bien, cada una de las aventuras que brotaron de la vivaz imaginación de esos poetas nos revela las virtudes y los principios morales de la España medieval. La valoración del heroísmo del Cid planteará, en estas páginas, tantas dificultades como cualquier otra. Comencemos, pues, repasando los hechos probados de su vida antes de sopesar y enjuiciar el mito.

### EL VASALLO QUE SE HIZO PRÍNCIPE

Rodrigo Díaz nació en torno a 1043, quizá entre esa fecha y 1054, en el seno de la aristocracia castellana y, según refiere el *Cantar*, en la villa de Vivar. Su padre —Diego Laínez— pertenecía a la clase de los infanzones y servía al rey como vasallo y como guerrero en las luchas contra los musulmanes. Su progenitor descendía, según se indica en el *Linage de Rodric Diaz*, de la prosapia de los Flaínez, una de las estirpes leonesas de mayor abolengo. Se da por cierto que su madre perteneciese a una familia de la mediana o la alta nobleza, puesto que en el *Carmen Campidoctoris* se le llama «nobiliori de genere ortus». Su ilustre estirpe explica que residiese en la corte del rey Fernando I de León y conde de Castilla, apodado *El Magno*, y que Rodrigo y el príncipe Sancho compartiesen muchos momentos de la infancia. Debiera aceptarse, en pura lógica, que su formación palaciega le brindase, desde muy mozo, un amplio y minucioso conocimiento de la política castellana.

Rodrigo se hizo hombre en el tiempo en que las fronteras se rectificaban continuamente y cuando los monarcas se sucedían en el gobierno de reinos que se expandían o que sucumbían engullidos por otros. En la España musulmana, el califato Omeya de Córdoba, que había ocupado la totalidad del área dominada por los árabes, se fragmentó en 1031 en más de veinte taifas. Conforme avanzaba la Reconquista, los reinos cristianos se extendieron hacia el sur y fortalecieron su poder económico y mili-



tar. A principios del siglo XI, el conde Fernando de Castilla, hijo del rey de Pamplona, derrocó a su cuñado Bermudo III, rey de León. De ese modo, en calidad de monarca leonés y conde de Castilla, Fernando I llevó a cabo una intensa labor de expansión territorial al tiempo que aseguraba el pago de parias de las taifas.

En 1064, Rodrigo formó parte del séquito del infante Sancho que viajó a la taifa de Zaragoza para cobrar las parias. Allí tuvieron noticia de que el rey Ramiro de Aragón había realizado una incursión en Zaragoza y tomado Graus. Con arreglo a la alianza entre Castilla y Zaragoza, Sancho y el príncipe Al-Muqtadir de Zaragoza organizaron un destacamento y liberaron Graus tras una batalla en que pereció el rey aragonés. No ha podido determinarse si, antes de Graus, Rodrigo había capitaneado incursión alguna en territorio árabe. Reza la leyenda que su fama y apodo le vendrían de una escaramuza en la que derrotó a un destacamento de árabes que, ante el valor demostrado por el vencedor, le habrían llamado *al-sayyid* (señor), expresión que habría derivado después en *al-sīd*. De haberse producido tal episodio, parece harto probable que hubiese acontecido algún tiempo después de la toma de Graus.

Rodrigo creció en un ambiente de guerras continuas y de política enmarañada, en una España en la que el rey y sus vasallos profesaban la guerra, contra los árabes y contra otros reinos cristianos, donde solo la expansión territorial de los reinos garantizaba su supervivencia. El rey que no conquistase se arriesgaba a ser conquistado. Rodrigo, al igual que su padre antes que él, asumió la condición y el oficio de caballero. Cuando, pasado el tiempo y merced a sus victorias militares, se demostró el guerrero más hábil de la Península, Rodrigo trató de conquistar reino propio.

Al fallecer en 1065 Fernando I, los vastos territorios de su reino se dividieron entre sus cinco hijos: León para Alfonso, Castilla para Sancho, Galicia para García, la ciudad de Zamora para Urraca y la de Toro para Elvira. Del reino de León era tributaria la taifa de Toledo; de Castilla, la de Zaragoza; de Galicia, las de

Sevilla y Badajoz. No bien se hubo coronado rey de Castilla, Sancho nombró a Rodrigo su *armiger regis* (abanderado). Por entonces empieza a conocerse entre los nobles como *Campidoctoris* (maestro de campo) o Campeador. Sancho tenía el firme convencimiento de que su padre erró al estipular en su herencia la fragmentación del reino y quebrarlo en partes mucho más débiles que la unidad. Creyó que todos los territorios debían haberle correspondido a él como primogénito y se propuso volver a unificarlos por la fuerza de las armas. En primer lugar quiso asegurarse el tributo de la taifa de Zaragoza y sitió la ciudad; poco después inició la conocida como Guerra de los Tres Sanchos, en la que se enfrentó a Sancho IV de Pamplona y a Sancho de Aragón, al propósito de ganar tierras hacia el norte. En 1068 él y su hermano Alfonso acordaron batirse en un juicio de Dios que daría al vencedor el reino del vencido. Sancho postró a Alfonso, pero este incumplió su palabra y no le entregó León. No obstante estas desavenencias, ambos se aliaron poco después para arrebatar a García el reino de Galicia. Ganada esta en 1071, Sancho no cejó en sus deseos de coronarse rey de León y lanzó sus huestes contra las de Alfonso. El Cid luchó en la decisiva batalla de Golpejera, en 1072, que franquearía a Sancho el título de León. Como rey de Castilla, Galicia y León, Sancho quiso arrebatar Zamora a su hermana Urraca, y en el sitio murió asesinado a traición por Vellido Dolfos.

Muerto Sancho, su hermano Alfonso, quien contaba con el apoyo y la confianza de los nobles leoneses, regresó de su exilio en Toledo y recuperó los tronos de León, Castilla y Galicia. Rodrigo mantenía su influencia en la corte y disfrutaba de la confianza de Alfonso, quien concertó su matrimonio con Jimena, hija del conde Diego de Oviedo. La primera misión que Alfonso le encomendó consistió en recaudar las parias en Sevilla y Córdoba. Al llegar el Cid a Sevilla se encontró con que el rey de Granada la había sitiado con el refuerzo de las huestes de García Ordóñez, también vasallo del rey Alfonso. El Cid se dispuso a socorrer al rey de Sevilla, derrotó a García Ordóñez en la batalla

de Cabra y lo tomó prisionero. Consigna la *Crónica de veinte reyes*: «De allí en adelante llamaron moros y cristianos a Ruy Diaz de Vivar el Cid Campeador, que quiere decir batallador». Un año después, y por iniciativa propia, Rodrigo se dirigió con su mesnada a la taifa de Toledo, tributaria de la corona castellana, donde sitió y saqueó algunos alcaceres. Por razón de esta infracción de la alianza entre Castilla y Toledo, el rey Alfonso dictó el destierro del Cid.

Arrojado de Castilla y vagabundo en su destierro, se extendió por toda España la fama de Rodrigo, guerrero temido y respetado, vencedor de García Ordóñez en Sevilla y azote de Toledo. Rodrigo, desterrado, ofreció sus servicios y los de sus huestes al conde de Barcelona, pero este lo rechazó. Se dirigió entonces al príncipe Al-Muqtadir de Zaragoza, quien lo acogió en su corte. El Cid servirá durante cinco años los intereses zaragozanos de Al-Muqtadir y, tras la muerte de este en 1081, de su sucesor Al-Mutamán. Por orden de Al-Mutamán, Rodrigo dirigió sus huestes contra la taifa de Lérida y la sometió tras varias victorias. Especial repercusión para su fama tuvo su victoria en la batalla de Almenar por 1082, en la cual el rey Al-Mundir de Lérida puso sitio a Almenar con los refuerzos de Berenguer Ramón II de Barcelona y de Guillermo Ramón de Cerdeña. En contra del consejo de Al-Mutamán, el Cid quiso negociar con los barceloneses su repliegue a cambio de dinero. Confiados en su superioridad numérica, estos rechazaron el acuerdo y Rodrigo se lanzó sobre ellos, poniéndolos en retirada y capturando a Berenguer Ramón II. En 1084, el Cid atacó la ciudad leridana de Morella y Al-Mundir solicitó auxilio a Aragón. Sancho Rodríguez, rey aragonés, acudió con un fabuloso ejército al socorro de Morella. Ante la aguerrida resistencia de las huestes del Cid, y después de una larga y encarnizada lucha, los aragoneses se retiraron perseguidos por los guerreros del Cid. En aquel trance apresó Rodrigo a una gran cantidad de nobles aragoneses.

Entretanto que el Cid luchaba en el noreste peninsular, en 1086 los almorávides lanzaron desde Badajoz una ofensiva con-

tra Castilla y León. La estruendosa derrota del ejército de Alfonso VI en la batalla de Sagrajas, el 23 de octubre de 1086, obligó a este a recabar cuantos apoyos pudiese aglutinar. El apremio de las circunstancias lo emplazó a dirigirse a Rodrigo y solicitarle que regresase a la corte castellana y defendiera la taifa de Valencia, tributaria de Castilla. Rodrigo aceptó el perdón regio y marchó a la defensa de Valencia. Aun cuando los almorávides constituían la principal amenaza sobre el reino moro valenciano, el Cid se percató de las ansias expansionistas del conde barcelonés y dispuso el grueso de sus tropas en la frontera norte de Valencia. En mayo de 1090 derrotó a Berenguer Ramón en la batalla de Tébar. Sin darse tregua alguna, peleó en diversos frentes y en todos se alzó con la victoria: ni Mostain de Zaragoza ni Alfigit de Lérida lograron derrotar a Rodrigo y entrar en Valencia. Su valor probado propició, además, que la taifa de Sagunto aceptase hacerse tributaria de Alfonso VI. Asegurado el control de aquella zona, Rodrigo, con el beneplácito del rey moro de Valencia, levantó un campamento en Alcudia, desde donde lanzó ataques contra los nobles musulmanes enemigos de los valencianos. De este modo protegió la taifa de Valencia durante años.

En 1092, y como consecuencia del fervor musulmán propagado por los almorávides, la nobleza árabe de Valencia, liderada por el cadí Ibn Jahhaf, se rebeló contra su rey Al-Qadir y se apoderó de la ciudad. Rodrigo determinó recuperarla y la sometió en un asedio que se prolongaría durante dos años. Al entrar victorioso en la ciudad, el 17 de junio de 1094, el Cid perdonó graciosamente a Ibn Jahhaf la traición. Por cualesquiera razones, quizá por temor a una nueva rebelión, pronto cambió de parecer y condenó a Ibn Jahhaf a morir en la hoguera. Se intituló entonces «Príncipe Rodrigo el Campeador» de Valencia, regidor de ese reino como vasallo de Alfonso VI. Cuando las noticias alcanzaron la España musulmana, los almorávides dispusieron la formación de un gran ejército que, bajo el mando de Muhammad ibn Tasufin, reconquistase Valencia. A mediados de septiembre, el contingente de Tasufin, que, según se estima, podría elevarse a

diez mil soldados, asedió Valencia, arrasó sus arrabales y cargó contra las murallas.

El Cid, a pesar de que las tropas enemigas doblaban en número las suyas, concibió una sagaz estrategia para plantarles batalla. El 21 de octubre, oculto en la noche, el grueso de sus tropas salió por la puerta sur de Valencia y avanzó sigilosamente hasta situarse en la retaguardia del ejército almorávide, acampado al oeste de la ciudad. Al amanecer, un destacamento de caballería abandonó Valencia por la puerta oeste para dar batalla a los árabes. Estos, confiados en su superioridad numérica, cargaron contra los caballeros cristianos, momento en el que el Cid inició un ataque por la retaguardia mora dando a los árabes la impresión de que sobre ellos se cernían refuerzos enviados desde Castilla. Rodrigo redujo primero el campamento árabe. Los almorávides, temerosos de que aquellos refuerzos los superasen y viéndose rodeados, se batieron en retirada sin apenas infligir bajas a los cristianos. En aquella ocasión se alzó Rodrigo con su primera gran victoria sobre los almorávides y aseguró su dominio sobre el campo de Valencia.

Con el ejército almorávide apostado en las fronteras y presto al ataque, Rodrigo acordó una alianza con Pedro I de Aragón. En enero de 1097, cuando regresaba de abastecer el castillo de Cardiella, Rodrigo y Pedro acamparon en la costa, al pie de Bairén. Allí les sorprendió por tierra la guarnición almorávide de Mondúver y por mar una lluvia de flechas disparadas desde una flota próxima a la orilla. Rodeados los cristianos y resignados los más de ellos a la derrota, el Cid arengó a sus huestes y, al frente de ellas, cargó contra el mismo centro de la línea almorávide. Ante el arrojo y la valentía del invencible Cid, la línea enemiga se rompió y los soldados moros huyeron despavoridos.

En los meses que siguieron, Rodrigo gobernó y protegió Valencia rechazando cuantas incursiones se precipitaron sobre ella, hasta que, en 1099, murió en uno de aquellos asedios. Tras su fallecimiento, Jimena asumió el gobierno de Valencia y consiguió mantenerla con los refuerzos que le envía Alfonso VI. Mas el

coste de esa ayuda suponía al monarca el debilitamiento de otros frentes, por lo que en 1102 ordenó la evacuación de la ciudad y su destrucción. Jimena regresó a Castilla con los restos de Rodrigo, a los que se dio sepultura en el monasterio de San Pedro de Cardaña, donde aún reposa. Los almorávides entraron en una Valencia desierta y desolada, que los cristianos no recuperarían hasta 1238.

### REALIDAD Y MITO DEL CANTAR

Tras su muerte, la figura de Rodrigo es objeto del comentario de cronistas y protagonista de obras literarias. Los historiadores árabes del siglo XII lo vejan por enemigo. Ibn Bassam, por ejemplo, en su *Tesoro de las hermosas cualidades de la gente de la Península* (1109) lo llama «perro», aunque asimismo elogia su singular destreza con las armas. Los poetas y cronistas españoles de la Edad Media se maravillan siempre de sus victorias y de su entrañable humanidad. En el *Poema de Almería*, compuesto a mediados del siglo XII, se le glorifica como caudillo invicto. La *Chronica naiarensis*, de finales de esa centuria, celebra sus victorias como hitos clave en la procelosa urdimbre de la historia de Castilla. De esos mismos años data la *Historia Roderici*, una crónica redactada en latín y de autor desconocido, que en la actualidad se toma como el relato más fiel de la vida del Cid, y el *Carmen Campidoctoris*, poema anónimo en latín, en que las proezas del Cid se equiparan a las de los grandes héroes de la Antigüedad, tales como Eneas y Héctor. Esas obras convirtieron al Cid en materia literaria. A finales del siglo XII o principios del XIII se compone el *Cantar de Mio Cid*, de 3.735 versos, la primera obra literaria española de cierta extensión y de importancia universal, hoy reconocido como uno de los grandes cantares de gesta de la literatura europea. En él, el poeta fija la historia del Campeador tal como sería conocida en los siglos venideros, hasta que la historiografía lo corrigiese en el siglo XX. El *Cantar* representa un

ejemplo soberbio de la construcción del mito a partir del héroe histórico.

El *Cantar* comienza la narración épica de las aventuras de Rodrigo tras la batalla de Cabra, cuando, a causa de las maledicciones de los envidiosos, Alfonso VI lo destierra. A lo largo del *Cantar*, el autor enhebra laboriosamente la leyenda del mito del Cid al propósito de convertirlo en el paradigma superior de la caballería. Los versos introductorios del «Cantar primero o del destierro» retratan a Rodrigo dignificado por su humana largueza, vulnerable y noble de corazón en el aciago trance del destierro:

De los sus ojos tan fuertemente llorando,  
volvía la cabeza, se las quedaba mirando:  
vio puertas abiertas, postigos sin candados,  
y las perchas vacías, sin pieles y sin mantos,  
o sin halcones, o sin azores mudados.  
Suspiró mio Cid, que se sentía muy preocupado;  
habló mio Cid, muy bien y muy mesurado (1-7, pág. 169)<sup>1</sup>.

Rodrigo, el guerrero victorioso en lances sin número, exulta una frágil sensibilidad, desconocida en la épica europea: llora al abandonar sus heredades, a su esposa y a sus hijas, y suspira abrumado por los temores que arrecian sobre sus esperanzas. Y a pesar de la injusticia con él cometida, el poeta encarece una de sus principales cualidades: la resignada medida. Así habla Rodrigo:

«Gracias doy, señor padre, que estás en lo alto,  
esto me han urdido, mis enemigos malos» (8-9, pág. 171).

Mucho después le consolará Jimena, como él resignada:

«Merced, Campeador, en hora buena fuiste criado,  
Por malos enredadores de tierra sois echado» (266-267, pág. 201).

La templada medida siempre modula el discurso del Campeador, como en la ocasión en que alienta a sus caballeros abatidos y desesperanzados:

Albricia, Alvar Fáñez, pues se nos echa de la tierra,  
mas con gran honra retornaremos a ella (14-14b, pág. 171).

De esta suerte queda caracterizado el Cid, merced a su sensibilidad, su medida y su empeño en recuperar la honra de la que los envidiosos le han despojado. De ese modo, en esos primeros versos del *Cantar* se fija soberbiamente el mito del que las crónicas no dejaron constancia, el mito que, frente al taimado vilipendio de los autores árabes, encumbra al héroe militar por sus altas cualidades humanas además de las guerreras.

También se cuida el poeta de exculpar repetidamente al Cid de los cargos por los que se le ha desterrado y de atribuir tan severo castigo a la maldad del monarca. En la mezquindad del rey abunda el autor cuando indica que el mismo Alfonso ha prohibido que se preste ayuda al Cid y a sus hombres, razón por la cual las gentes de Castilla lloran al verlo pasar:

Llorando de los ojos tanto es su dolor.  
Por sus bocas todos decían esta opinión:  
«¡Dios, tan bien vasallo, si tuviese buen señor!» (18-20, pág. 173).

Sufren en el alma no poder socorrer a Rodrigo porque temen las represalias del «rey don Alfonso [que] tenía muy gran saña» (22, pág. 173).

Junto a las cualidades humanas del Cid, el *Cantar* incide en la brillantez de su inteligencia, no por medio de su astucia como estrategia militar, sino por su sagacidad donde otros se hubiesen valido de la fuerza. En el episodio de los usureros de Burgos, el Cid, después de confesar a Martín Antolínez que ha gastado sus riquezas, logra que los prestamistas Ragel y Vidas le fien seiscientos marcos presentándoles como garantía dos arcas llenas de arena y haciéndoles creer que están repletas de oro.



De la valentía ante los enemigos y su fuerza da cuenta el poema en repetidas ocasiones, como por ejemplo en su decisiva intervención en Castejón:

El campeador salió de la celada,  
a Castejón atacaba sin falta.  
Moros y moras obtenían de ganancia,  
y los ganados cuantos en derredor andan.  
Mío cid don Rodrigo a la puerta se acercaba;  
los que la tienen, cuando vieron la rebata,

tuvieron miedo y quedó desamparada,  
mio Cid Ruy Díaz por las puertas entraba,  
en la mano trae desnuda la espada,  
quinze moros mataba de los que alcanzaba.  
Ganó a Castejón y el oro y la plata.  
Sus caballeros llegan a la ganancia,  
la dejan a mio Cid, todo esto no aprecian nada (463-475, pág. 227).

Y si, en Castejón, el Cid se confía al vigor de su espada, en la siguiente batalla vencerá merced a su finísima perspicacia como estratega, según relata el autor del poema épico: «Mío Cid ganó Alcocer, sabed, por esta artimaña» (610, pág. 241).

La lectura del *Cantar* fluye, en definitiva, como exaltación panegírica de un Rodrigo concebido como ejemplo y modelo moral antes que marcial. A tal fin, el autor concibe algunos episodios y detalles ficticios. Es sabido, por ejemplo, que el Cid en su destierro no se acompañó de Minaya. En el poema, la fidelidad de ese caballero resalta el respeto que al Cid profesaban sus hombres. El destierro en el *Cantar* se debe a la afrentosa actitud de Rodrigo en la Jura de Santa Gadea, cuando en la proclamación de Alfonso VI como rey tras el asesinato de Sancho, Rodrigo hizo jurar tres veces al rey que no había conspirado en el asesinato de su hermano. La insistencia del Cid resalta su fidelidad al difunto rey, a la institución monárquica y a Castilla, al tiempo que ofrece al autor la ex-

cosa para ensalzar su figura sobre la del monarca. En realidad, empero, la pena se debió a la imprudencia del protagonista en su ataque a la taifa de Toledo, tributaria del rey castellano. Mediante Santa Gadea el poeta tornó la ficción en historia hasta el punto de que ese episodio se tuvo como ejemplo primero de la fidelidad del Cid a los reyes de Castilla y León. La jura fascinó a los artistas románticos que encumbraron a Rodrigo como cifra del patriotismo: por ejemplo, Juan Eugenio Hartzenbusch compuso el drama teatral *La jura de Santa Gadea* (1845); Armando Menocal pintó un hermoso lienzo, de título *La jura de Santa Gadea*, acabado en 1887, y Marcos Hiráldez otro, del mismo título, en 1864.

También se concibió en la imaginación del poeta la llamada «afrenta de Corpes», episodio en el que los nueros del Cid ultrajan a sus esposas. Según la leyenda, el Cid casó a sus hijas con los infantes de Carrión, quienes, puesta en evidencia su cobardía en el campo de batalla, quisieron resarcirse de la vergüenza abandonando a sus esposas en el robledo de Corpes. Mediante tal ultraje muestra el autor la templanza del Cid: en lugar de tomarse la justicia por su mano, como justificaría la gravedad del caso, Rodrigo se atiene a las leyes y acude al rey para reclamar justicia. El monarca dispone que tres caballeros del Cid se enfrenten a los tres infantes. Los valedores de las hijas del Cid postran a los de Carrión y restauran la honra de su señor sin que este se tome la justicia por su mano. De esta suerte engrandece el poeta la fama del Cid como modelo de vasallos.

El *Cantar* fijó la biografía oficial del Cid, plagada de verdades y de falsedades, y lo elevó a la categoría de héroe sempiterno. A lo largo de los siglos se le veneró como el más grande guerrero español de la Edad Media, como el prototipo del caballero cristiano al que España debe la Reconquista y como modelo de conductas, valiente, inteligente, juicioso y mesurado.

Después del *Cantar* y a lo largo de la Edad Media, el Cid aparece en numerosos textos, como fueron el *Chronicon mundi* (1236), de Lucas de Tuy, la *Historia de rebus Hispaniae* (1243), de Rodrigo Jiménez, la *Crónica de veinte reyes* (1284), la *Crónica*

de Castilla (c. 1300), el *Liber illustrium personarum* (siglo XIII), de Juan Gil, la *Estoria de España* (siglo XIII), de Alfonso X el Sabio, y la *Chronice ab origine mundi* (siglo XIV), de Gonzalo de Hinojosa. Los españoles del siglo XIII reconocían en el Cid a una de las grandes personalidades de la historia. En la centuria siguiente a su muerte se escribe una obra de ficción titulada *Mocedades de Rodrigo* (c. 1360), donde se relatan las aventuras del joven Rodrigo en la conquista de Francia. La *Leyenda de Cardeña* lo trata como a un personaje digno de santidad, como héroe divino y el más grande de la historia de España. Como tal, los literatos del Siglo de Oro celebran sus hazañas y Felipe II llega a requerir al Papa su canonización. En 1605, Juan de Escobar publica *Romancero e historia del Cid*, una antología de textos sobre su figura. Guillén de Castro compuso dos célebres obras sobre el campador: *Las mocedades del Cid* (1615) y *Las hazañas del Cid* (c. 1615). En Francia, Pierre Corneille recurre a los textos de Guillén de Castro para componer su obra *Le Cid* (1637). Fueron los románticos, tan propensos a la exaltación de la Edad Media, quienes con mayor denuedo profesaron el culto al Cid. Además de *La jura de Santa Gadea* (1845), de Juan Eugenio Hartzenbusch, José Zorrilla compone el drama *La leyenda del Cid* (1882); Estanislao de Cosca Vayo escribe la novela histórica *La conquista de Valencia por el Cid* (1831), y Antonio de Trueba, *El Cid Campeador* (1851). Los pintores de ese siglo sucumben igualmente al hechizo de nuestro héroe. Pintan cuadros sobre su vida Juan Vicens Cots, Marcos Hiráldez y Dioscoro Puebla. *Primera hazaña del Cid* (1864), de Vicens, y *Las hijas del Cid* (1871), de Puebla, se exponen hoy día en El Prado; *Jura de Santa Gadea* (1864), de Hiráldez, adorna el Palacio del Senado. Las recreaciones literarias se continúan después de época romántica. En 1908 publica Antonio Marquina su drama *Las hijas del Cid*. En 1929, el chileno Vicente Huidobro, la novela *La hazaña del Mio Cid*. De las numerosas adaptaciones cinematográficas y televisivas debe resaltarse la superproducción norteamericana *El Cid*, estrenada en 1961, con Charlton Heston en el papel del Cid y con Sofía Loren

como Jimena, película a la que el Cid debe gran parte de su fama internacional en los últimos cincuenta años.

### HÉROE NACIONAL Y SÍMBOLO DE LA MERITOCRACIA

En 1929 se publicó *La España del Cid*, de Ramón Menéndez Pidal, un fogoso panegírico que abundaba en el mito coronado como gloria nacional. Muy por el contrario, la historiografía de las últimas décadas del siglo XX ahondó en su biografía para denunciar los ripios del *Cantar*. Incluso un historiador como Robert Fletcher, quien afirma que «solo hay un héroe nacional, que es el Cid»<sup>2</sup>, ha insistido iteradamente en las falsedades atribuidas al mito. Al Cid histórico se le acusa de luchar como mercenario y por interés económico, en lugar de por fidelidad a su rey y en nombre de la cristiandad. Peter Linehan lo ha motejado de «empresario por convicción»<sup>3</sup>. Brian Catlos ha argumentado que resulta casi imposible acreditar que el Cid, mercenario de señores musulmanes, pudiese considerarse a sí mismo defensor de la fe cristiana<sup>4</sup>.

Otros han menoscabado la importancia a sus proezas militares. Peter Russell, por ejemplo, en su entrada biográfica sobre el Cid en la *Encyclopædia Britannica*, afirma, refiriéndose a la pérdida de Valencia en 1102, que «la gran empresa a la que el Cid dedicó tantos esfuerzos resultó efímera», por cuanto que la ciudad se perdió a los tres años de su muerte. Las tendencias historiográficas de hogaño que niegan la Reconquista y el imperio como realidades de la historia de España han considerado a Rodrigo el Campeador un mercenario egoísta que no entregó su vida a la lucha contra el infiel para recobrar la Península porque tal empresa no existió. A tenor de todo ello debemos preguntarnos si Rodrigo Díaz de Vivar merece consideración de héroe y, si así fuese, en qué consistió su heroísmo.

Procede traer a consideración, primeramente, que el Cid demostró ser el mejor guerrero que España había dado hasta entonces y, muy seguramente, durante toda la Reconquista. La *His-*

*toria Roderici* afirma de él, como su mérito más destacado, que «numquam ab aliquo deuictus fuit» (nunca fue derrotado por ningún hombre). En un diploma de dotación a la catedral de Valencia, firmado por él, se le presenta como el «invictissimum principem Rudericum Campidoctorem» (invictísimo príncipe Rodrigo el Campeador). Y, en efecto, de él puede afirmarse que fue guerrero invicto. Dicha condición da fe de los dos atributos que con tanto denuedo le reconoce el *Cantar*: su destreza con las armas y sus grandes capacidades como estratega. Todo ello se basta para conferirle el título de héroe guerrero por excelencia de España y, a buen seguro, de toda la Europa medieval. A ello debemos añadir algunas claves de relevancia que sus detractores actuales soslayan. Primeramente, Russell yerra al minusvalorar la conquista de Valencia. Tan cierto es que Valencia se perdió muerto el Cid como que supuso el colofón a las hazañas militares de Rodrigo. Pero, sobre todo, la defensa de Valencia constató que un noble castellano, asistido apenas de sus fieles mesnadas, podía repeler al poderosísimo ejército almorávide que amenazaba con reducir a los reinos cristianos y frustrar la Reconquista. Hasta la finalización de la Reconquista en el siglo xv, el Cid pervivió en las conciencias de los españoles como la prueba de que el valor conduciría a la victoria y sirvió de ejemplo y acicate a caballeros de los siglos posteriores.

Tampoco cabe reprocharle que batallase meramente por puro egoísmo y sin convicción religiosa. Si así fuese, no habría aceptado el perdón de Alfonso y renunciado a su lucrativo oficio de mercenario para servir a Castilla. En un análisis minucioso del antedicho diploma de la catedral de Valencia, Simon Barton ha demostrado que en ese escrito se reconoce al Cid como «propagador de la fe cristiana»: «tandem dignatus clementissimus Pater suo miseri populo, invictissimum principem Rudericum Campidoctorem obprobrii servorum suorum suscitavit ultorem et christiane religionis propagatorem» (el clementísimo Padre se dignó a compadecerse de Su pueblo para lo que trajo al invictísimo príncipe Rodrigo el Campeador, vengador de Sus siervos y

propagador de la fe cristiana)<sup>5</sup>. Es posible, concluye Barton, que ese título de campeón de la cristiandad respondiese a los intereses de la orden de Cluny y que, además, no fuese más que una suerte de formalismo que se aplicase a los caballeros de la época. Sin embargo, añadamos ahora, el diploma de la catedral prueba indefectiblemente que Rodrigo convirtió la mezquita en catedral y que trajo a un obispo como cabeza de la diócesis, a pesar de que esa medida no agradaría a los musulmanes que vivían bajo su gobierno en Valencia y que tal provocación podría alentar una rebelión. No habría procedido así quien solo obrase por intereses económicos sin consideración de la religión.

Con el correr de los siglos, el Cid se implantó en el imaginario hispano como el héroe por antonomasia, como héroe cuyo heroísmo ha perpetuado la admiración del pueblo. En la figura del Cid se condensa la inmensa mayoría de los siete factores que Klapp observa en la consagración del héroe y de todas las características del héroe apuntadas por Sullivan y Venter. La fama del Cid cuaja en un momento de crisis, en la formación del espacio territorial de Castilla y León y de la amenaza almorávide que hacía peligrar la Reconquista; acomete acciones heroicas en las que demuestra un heroísmo sin par; posee una ideología, que es la cristiana, motriz de sus gestas; demuestra poseer loables atributos como el pragmatismo, el valor y la inteligencia. Por ello, siguiendo las seis categorías de Klapp, puede reconocérsele como héroe conquistador (o guerrero) y héroe inteligente en cuanto estratega y batallador. Igualmente se dan en el Cid la totalidad de las características apuntadas por Sullivan y Venter: inteligente, bondadoso, religioso, protector de gentes, líder, hombre de talento, infatigable en sus arriesgadas empresas y modelo de conductas. En la construcción del mito, el autor del *Cantar* enfatizó aquellos atributos heroicos que menos destacasen en la historia verdadera: resalta la bondad de Rodrigo cuando este reparte las ganancias de sus victorias; introduce el episodio de Rigel y Vidas para destacar su inteligencia, y el de la afrenta de Corpes para mostrarlo como espejo de padres y vasallos.

Amén de corresponderse con las facultades del héroe según las revelan Klapp, Sullivan y Venter, en la figura del Cid se reúnen los dos principales atributos del héroe en las etimologías sánscrita y escandinava. Ruy Díaz es, ante todo, como el *ser* sánscrito, un protector: protege a los reyes tributos del suyo y, por tanto, a su señor y a su pueblo; según le solicita Alfonso VI, protege Castilla del avance almorávide. El Cid fue, en definitiva, el gran protector de España cuando España —o las partes de ella que algún día serían España— más débil se sabía ante el acecho de los almorávides. En la literatura, a partir del *Cantar*, el Cid protegerá igualmente a su familia y a su honor. Mas, sobre todo, Rodrigo fue lo que los antiguos escandinavos llamaban un *hǫldr*, un hombre libre, un vasallo que se vale de su independencia para determinar su vida y la historia de su país. Ese ánimo de independencia, de libertad, lo demuestra ya en su incursión en la taifa de Toledo, que le valió el destierro, como después en su gobierno de Valencia. El Cid se aferró siempre a su dignidad de hombre libre y como tal aspiró a ascender socialmente: en Valencia, aunque se reconoce vasallo del rey de Castilla y León, se titula «príncipe», y en la fundación del capítulo catedralicio trata directamente, en su calidad de príncipe, con Roma<sup>6</sup>. Muere, pues, como príncipe de Valencia, como el guerrero que conquistó ese reino y que, por virtud de su heroísmo, alcanzó calidad regia. En el antedicho diploma de la catedral, que lo presenta como «invictissimum principem Rudericum Campidoctorem», firma nuestro héroe como firmaban los reyes: «Ego Ruderico» (Yo, Rodrigo). Y aunque su reino se perdiese a su muerte, aseguró el entronque de sus descendientes con la realeza: casa a Cristina con Ramiro, príncipe de Aragón y señor de Monzón, y a Elvira con Ramón Berenguer III conde de Barcelona. Cristina fue madre de García Ramírez, rey de Pamplona, y abuela de Sancho VI de Navarra y de Alfonso VIII de Castilla. De modo que, tres generaciones después, los reyes de Navarra y de Castilla tuvieron en el Cid al más ilustre de sus ancestros.

Los hechos de la vida del Cid dejan constancia del grado de libertad de que entonces gozaban los vasallos y de la primitiva democratización de España. El *Cantar de Mio Cid* se compuso, esencialmente, como una oda a la dignidad de los vasallos hasta el punto de que Américo Castro lo consideró temprano ejemplo de antiaristocratismo en el que «la sociedad está vista desde abajo»<sup>7</sup>. Décadas después, el *Cantar* se ha interpretado como panegírico de una suerte de teoría sobre la lucha de clases sostenida sobre una aguda concienciación de clase social<sup>8</sup>. En época tan temprana, esa obra relata y detalla el ascenso social del infanzón que, por sus medios y su heroísmo, alcanza la calidad de príncipe, de modo que arengue las voluntades de tantos otros y dignifique los méritos de los hombres libres. A tal fin el poeta recurre a ese género de antiaristocratismo que eleve al heroico Cid sobre los nobles. En el *Cantar* se repiten incesantemente dos fórmulas dialécticas destinadas a rebajar la estatura moral de Alfonso VI y a enaltecer la libertad del Cid. Al Cid se le ensalza como «tan buen vasallo, si tuviese buen señor», de lo cual se infiere que Alfonso VI no era buen rey. Al Campeador se le llama, también, el que «en buena hora ceñisteis espada», implicándose que fue él, *motu proprio*, quien adoptó su calidad de caballero, en lugar de haberle ceñido la espada su señor. Para el autor del *Cantar*, Rodrigo se enfrentó a un rey que no era «buen señor» y a una aristocracia artera, envidiosa y perversa. Igual convicción expresa el autor de la *Crónica de Castilla* cuando escribe que «los ricos hombres que querían mal al Cid aprovecharon para enemistarlo con el rey diciéndole: “Señor, Ruy Díaz quebrantó vuestra palabra y la promesa de paz que teníais con el rey [de Toledo] al que tanto amáis, y no lo hizo por nada más que para que os matasen a vos y a nosotros aquí”».

La *Crónica de Castilla* relata un episodio especialmente significativo en lo referente a la dignidad del campeador y, en general, de los vasallos: cuando Alfonso VI le ordena que marche al destierro y el Cid afirma su libertad y sus derechos. «Ruy Díaz, salid de mi tierra», le exige el monarca, y cuenta el cronista que «entonces el Cid dio con las espuelas al mulo en el que cabalgaba y



saltó a una tierra que era de su propiedad. Y dijo: “Señor, no estoy en vuestra tierra, sino en la mía”». Henos ante un vasallo, hombre libre, que declara que la tierra que pisa le pertenece a él y no a su rey. El Cid es hombre libre y propietario de la tierra que ha ganado por sus méritos o que ha heredado por los de sus antepasados. El rey sienta entonces toda su autoridad y le conmina: «Salidme de todos mis reinos sin más dilación». Pero el Cid repone conforme al derecho que le asiste: «Señor, dadme un plazo de treinta días, como es derecho de hidalgos». En suma, a ojos de esos autores del Medievo, y así lo entenderían los receptores de sus obras, Rodrigo de Vivar encarnaba la libertad de los vasallos en una sociedad meritocrática.

Mediante la mitificación del ascenso social de Ruy Díaz, como supuesto hidalgüelo convertido en príncipe del reino de Valencia, el autor del *Cantar* aleccionaba a la sociedad española en la primacía de la entrega y el esfuerzo<sup>9</sup>. Aun cuando Rodrigo procure riquezas, ello debe entenderse conforme a dos contextos concretos. El primero es el militar: en la época, tras toda batalla los vencedores se apoderaban de los bienes y los dineros de los vencidos. Los botines constituían la fuente de riqueza para el caudillo vencedor y la paga de la mesnada. El otro contexto es social: el acopio de riquezas asegura el ascenso social. En *Robinson Crusoe*, por ejemplo, el náufrago acumula ganado y lleva un registro escrito de todas sus posesiones, lo cual se entiende hoy en día como prueba de su capacidad de superación. La precisión con que se detallan las ganancias del Cid recuerdan la novela de Defoe y bien puede decirse que ese modélico espíritu emprendedor y económico que Crusoe ejemplifica lo representa el Cid varios siglos antes. Nuestro héroe quizá sea el primer *homo economicus* de la historia de la literatura, que invierte sus esfuerzos y su vida en acumular ganancias que le garanticen su estado social. Así, el *Cantar* consigna cómo en Zaragoza «todos muy alegres, ganancias traen grandes» (944, pág. 279); en Valencia:

Las mesnadas de mio Cid han saqueado el campo;  
 Entre oro y plata hallaron tres mil marcos,  
 De las otras ganancias no había cálculo (1736-1739, pág. 361).

Cuando Rodrigo derrota al conde de Barcelona y le arrebató su espada, el autor precisa el valor de esta: «Ahí ganó a Colada que más vale de mil marcos de plata» (1010, pág. 285). El sustantivo «ganancias» y el verbo «ganar» asoman asiduamente por el poema. Todo cuanto el Cid tiene lo ha ganado por su mano: pertenece a una nobleza de mérito antes que de estirpe y es temprano prototipo medieval del *homo economicus* ensalzado en la Edad Moderna.

El Cid del *Cantar* y también el histórico jamás se descubre avaricioso o déspota. Reparte los botines con sus caballeros y comanda sus mesnadas aconsejado de sus hombres mediante lo que podríamos llamar la *democratización* de su círculo. Ello se demuestra en el sitio de Alcocer, cuando pide la opinión de sus hombres:

Al cabo de tres semanas, la cuarta ya iba a entrar,  
 mio Cid de los suyos se volvió a aconsejar:  
 «nos han cortado el agua, nos faltará el pan,  
 aunque nos queramos ir de noche, no lo consentirán;  
 grandes son sus fuerzas para con ellos lidiar;  
 decirme caballeros, cómo habremos de obrar» (665-670, pág. 247).

En definitiva, el Cid se configura como el primer gran héroe de la historia de España, guerrero protector e invencible amén de hombre libre. Encarna el vigor de los reinos españoles así como del poder de una nobleza emergente y entregada a la gloria de la guerra, a esos anhelos de gloria que hicieron de Europa la civilización más adelantada de la historia universal. El Cid preconiza la autoridad y la libertad de los nobles castellanos que Isabel I hubo de erradicar al desmochar simbólicamente sus torres.